

# Раздел II. ИБЕРОАМЕРИКАНСКИЙ МИР В ПРОСТРАНСТВЕ И ВРЕМЕНИ: АКТУАЛЬНЫЕ ВОПРОСЫ ЯЗЫКА И КУЛЬТУРЫ

Iovenko Valery

**Todo lo saben y pueden hacer los Reyes y las Reinas ...**

**Iovenko Valery**, Doctor en Filología, catedrático,  
Director del Departamento del Español  
de la Universidad MGIMO, Moscú, Rusia.  
vioenko@rambler.ru

**Resumen.** El artículo examina un papel importante que desempeñaron en la historia mundial varios monarcas europeos de los siglos IX - XVIII quienes participaron en las actividades de la comunidad de los traductores e intérpretes. Sus labores estuvieron vinculadas no solo a la organización del proceso de traducir en sus países (Inglaterra, España, Rusia), sino a las traducciones mismas de los textos extranjeros a las lenguas maternas hechas por estos reyes y reinas. Se hace especial hincapié en la personalidad del rey de España Alfonso X el Sabio quien abrió en el siglo XIII la segunda etapa de la famosa Escuela de Traductores de Toledo, encabezó sus actividades y les atribuyó un carácter inédito en la metodología de enseñar y traducir, en ampliar el abanico genérico de las obras traducidas. El artículo describe la historia de crear la versión inglesa de Jacobo de la traducción del texto sacral de la Biblia que ha sido objeto emblemático para muchas generaciones de los traductores.

**Palabras clave:** rey, reina, traducción, traductor, latín, árabe, castellano, historia de la traducción e interpretación

Iovenko Valery

**Everything can do the Kings and the Queens...**

**Abstract.** The article examines the important role which played in the history some European monarchs in the IX-XVIII ages. These kings and queens took part in the activities of the community of translators and interpreters. Their work was connected not only with the organization of the translator's job in their countries

(England, Spain, Russia), but with doing by these kings and queens translations from the foreign languages to mother tongues. The article pays special attention to the personality of the Spanish king Alfonso X Sage who opened at the XIII age the second stage of the famous Translator's School in Toledo, placed at the head of its activities and added originality to the translator's education and the art of translation, expanded genre fan of the translated works. The author describes the history of English version of Jacob's translation of Bible, which always was object emblematic for many generations of translators.

**Keywords:** king, queen, translation, translator, Latin, Arabic, Spanish, history of translation and interpretation.

La historia recuerda a varios reyes y reinas que dejaron la huella notable en la traducción e interpretación, a saber: Alfredo el Grande de Inglaterra, Alfonso X el Sabio de España, Jacobo de Inglaterra, Pedro el Grande y Catalina la Grande de Rusia.

La gobernación del monarca inglés Alfredo el Grande a finales del siglo IX — inicios del siglo X estuvo marcada por el florecimiento de la traducción del inglés antiguo [1, p. 57]. El programa de sus actividades consistió en lo siguiente: “Traducir en la lengua que entendemos todos varios libros que son más necesarios para todos los hombres”. Para realizar esta tarea Alfredo congregó a su alrededor un círculo científico y organizó las labores de la traducción sin precedentes en la Europa de entonces. Las versiones inglesas de las traducciones de los textos religiosos en latín hechas en la corte de Alfredo transmitieron los originales a veces literalmente, palabra por palabra, y otras veces — conforme al sentido.

Uno de los gobernadores más famosos de la España medieval fue Alfonso X el Sabio (1221–1284), hijo mayor del rey de Castilla Fernando III. Se distinguió por una amplitud de los intereses tan rara para los reyes, profundidad de sus conocimientos y el talento poético.

La gobernación de Alfonso X marcada por cizañas, revueltas y crisis fue complicada y contradictoria. El rey mismo pasó por un hombre generoso y magnánimo, pero demasiado adicto a la vanidad y el lujo. Prefirió a las campañas de guerra los estudios sabios. Gracias a su empeño en esta liza, Alfonso X mereció a sus contemporáneos y descendientes el apodo *Sabio*.

Alfonso X no escatimó dinero para la Universidad en Salamanca, creó nuevas cátedras, amplió sus privilegios y atribuyó a este establecimiento de enseñanza tan esplendor que la Universidad salmantina empezó a competir con las célebres Universidades de París y Bolonia.

Siendo aficionado a la astronomía Alfonso X ordenó que se construyera el observatorio y encargó a los astrónomos que compusieran nuevas tablas astronómicas denominadas *Tablas Alfonsinas*. Estas Tablas fueron utilizadas por los navegantes a lo largo de muchos siglos y formaron parte integrante del libro escrito por Alfonso X titulado *Los libros del saber de astronomía*.

Alfonso X también fue autor de *Lapidario*, tratado sobre las piedras preciosas y propiedades mágicas que se les atribuye. Encabezó las labores para unificar el derecho y hacer el código general de las leyes. Un vivo interés científico representan las obras históricas escritas por el rey, *Crónica General* y *Gran y General estoria*.

Es difícil sobreestimar el aporte hecho por Alfonso X a la formación del castellano literario. Bajo él el castellano adquirió suma trascendencia en todas las esferas de la vida: el rey estimuló la literatura en castellano, ordenó que escribieran en castellano las actas y leyes estatales en vez de emplear la costumbre de usar el latín. Un papel importante en su actividad literaria desempeñó la poesía religiosa en gallego-portugués. En gran medida Alfonso X debe su gloria al mecenazgo y las prácticas científicas y literarias. El rey congregó en su corte a muchos sabios cristianos, musulmanes, judíos.

Pero un mérito especial del rey Alfonso X consistió en que él resucitó las tradiciones de la famosa Escuela de Traductores de Toledo. En los siglos XII–XIII la ciudad de Toledo, capital de entonces de España, foco del pensamiento científico y de la vida cultural del país se encontró en el centro del proceso único y de escala denominado como *Escuela de Traductores de Toledo*. Esta denominación no significa, ni mucho menos, que se trata del proceso docente con la participación de los profesores y estudiantes. La Escuela de Traductores de Toledo reunió a la gente que dominó el árabe y el latín que fue la lengua de la comunicación internacional en aquel entonces. Esta gente siguió algunos principios y métodos comunes de la traducción.

Los traductores toledanos hicieron saber a lo largo de casi doscientos años a los sabios de España y otros países europeos con las obras de los destacados filósofos griegos, célebres matemáticos, médicos, botánicos, astrónomos árabes. Realizaron las traducciones del árabe al latín de los comentarios para los

libros de los pensadores griegos Aristóteles y Platón que habían hecho los filósofos árabes Avicena y Al-Farabi.

Los traductores de la Escuela tradujeron al castellano o latín Corán, Talmud, Cábala, obras literarias de los países del Medio Oriente. Impresiona la cantidad de las traducciones hechas al latín de los manuscritos científicos del mundo árabe el cual en aquel entonces adelantaron notablemente el pensamiento científico europeo. Los traductores toledanos no solo ejercieron una influencia considerable en el desarrollo de la cultura europea medieval, sino también contribuyeron, entre otros factores, a la aparición en el territorio de Castilla de la lengua nacional española, *castellano*.

Antes de que surgieran y empezaran a extenderse por Europa las traducciones efectuadas en la Escuela de Toledo, las Universidades europeas se alimentaron, sobre todo, con las fuentes romanas. Y aunque en Europa, por supuesto, se dieron cuenta de que existían las obras de los filósofos griegos y sabios árabes, el hecho de faltar las traducciones de sus obras al latín condujo a que los europeos ignoraron el contenido de estos libros.

Los árabes en su expansión a Bizancio, heredero de la antigüedad griega, conocieron, estudiaron, tradujeron, comentaron y guardaron las obras de los griegos antiguos. Una vez conquistada en el siglo VIII la península Pirenaica los árabes o moros, como les solían nombrar los habitantes autóctonos, trajeron allí estos libros, así como su equipaje rico y original el cual ellos crearon en el transcurso de varios siglos.

En las actividades de la Escuela de Traductores de Toledo suelen distinguir dos etapas históricas. La primera está vinculada al nombre de su fundador, arzobispo de Toledo Raimundo. Fue él quien en 1130 ordenó que hicieran las primeras traducciones de las obras filosóficas y religiosas del árabe al latín. Gracias a Raimundo fueron traducidos al latín los salmos del Antiguo Testamento y Corán, libro sagrado principal de los musulmanes. Las traducciones al latín de las obras del pensador griego Ptolomeo enriquecieron las ideas de los europeos sobre la astrología, geometría y aritmética.

La segunda etapa histórica de la Escuela de Traductores de Toledo empezó cuando subió al trono en 1252 el rey Alfonso X el Sabio quien siendo una persona muy educada y polifacética atribuyó un nuevo impulso a las labores de dicha Escuela.

El rey mismo tradujo mucho e incluso redactó las traducciones hechas por otros traductores. Los historiadores españoles opinan que los apuntes en las márgenes de los manuscritos que se conservaron pertenecieron a la mano de Alfonso X. El rey dirigía personalmente las actividades de la Escuela, escogía a la gente capaz para traducir, hallaba los textos para ser traducidos, participaba en las discusiones sobre los métodos de la traducción. Por primera vez en la historia de aquellos tiempos se efectuaron las traducciones de la literatura divertida, a saber: el libro que contuvo las reglas de jugar al ajedrez y famosos cuentos árabes “Las mil y una noches”. Alfonso X inventó más de cien problemas de ajedrez. Por la indicación de Alfonso X fue traducido del latín al castellano en formación el Antiguo Testamento (Vulgata).

Los métodos de la traducción que practicaban en la Escuela de Traductores de Toledo cambiaban con el tiempo. Inicialmente, la gente que dominaba el árabe traducían oralmente los originales a la persona que hablaba bien en latín. Esta persona, a su vez, apuntaba en latín lo que había oído. Más tarde, bajo Alfonso X, los libros los empezó a traducir una sola persona, el traductor, quien dominaba estas dos lenguas. Luego, la traducción hecha la revisaba el enmendador, prototipo del redactor de hoy en día quien corregía el texto traducido.

Por supuesto, es justamente a la Escuela de Traductores de Toledo que en el transcurso de casi doscientos años era intermediaria cultural y científica entre el Este y el Oeste a la cual España debe sus antiguas y reconocidas universalmente tradiciones de la traducción práctica. Cuanto queda dicho, es un mérito indudable del rey español Alfonso X el Sabio.

El rey inglés Jacobo entró en la historia como organizador de la traducción en 1611 de la “versión autorizada” de la Biblia, más conocida como la Biblia del rey Jacobo [1, p. 107]. El texto de esta traducción fue utilizado en Inglaterra tanto en los hogares de los británicos para la lectura doméstica, como en las iglesias a la hora de celebrar las ceremonias religiosas.

En 1604 durante la reunión de la Corte de Hampton el rey Jacobo mandó que elaboraran las actividades para hacer realidad el proyecto de la nueva traducción en la lengua inglesa de la Biblia. El rey mismo fijó los requisitos principales que hacía falta seguir. Entre los más fundamentales figuró el requisito de faltar cualesquiera que fueran notas o comentarios salvo muy indispensables a la hora de traducir.

El trabajo de los traductores empezó en 1607. Fueron atraídos cincuenta peritos del griego y hebreo los cuales fueron distribuidos en 6 grupos: en Westminster, Oxford y Cambridge. Los textos traducidos por cada grupo los enviaban a otros grupos cuyos miembros verificaban minuciosamente las traducciones hechas. Una vez surgidas discrepancias y dificultades, los representantes de todos los grupos se reunían para solucionar juntos estos problemas. En 1611, siete años después de la reunión de la Corte de Hampton,

aparecieron las primeras copias impresas de la nueva traducción de la Biblia. Esta nueva versión fue dedicada al rey. En el preámbulo los traductores explicaron el hecho mismo de crear un texto de la nueva traducción respondiendo a los críticos que opinaban que también eran bastante buenas las versiones anteriores de la traducción de la Biblia.

La traducción de la Biblia del rey Jacobo vivió muchas ediciones y quedó alterada esencialmente a lo largo de los años. La Biblia del rey Jacobo que tuvo por objetivo ser utilizada durante las ceremonias religiosas desplazó la Biblia Obispa, pero como lectura en casa esta nueva traducción compitió con la Biblia Ginebrina que era muy popular en aquel entonces. Sin embargo, al haber pasado varias décadas la traducción de la Biblia del rey Jacobo probó su derecho de ser la única traducción para todo el mundo anglosajón.

Es fácil hallar su superioridad. Primero, la traducción la hicieron destacados especialistas en griego y en hebreo antiguo. Segundo, la literatura y la ciencia de antaño alcanzaron un nivel de su desarrollo muy alto. Era época de la prosa y la poesía de Isabel, florecimiento de las actividades creativas de Spencer y Shakespeare lo que condujo a que la traducción quedó efectuada en un estilo clásico inglés. Tercero, la traducción hecha resultó ser oportuna. Existió la necesidad de hacer una nueva y buena versión de la traducción, los traductores pudieron utilizar los méritos y vencer las faltas de las versiones anteriores. Cuarto, la traducción del rey Jacobo se hizo resultado de las labores colectivas. En aquel entonces, Inglaterra era escenario de las luchas entre los partidarios de diferentes versiones de la traducción de la Biblia. Por eso, la traducción capaz de sufrir duras pruebas de los tiempos no había de representar un solo punto de vista. Y el hecho de que la traducción de la Biblia del rey Jacobo atravesó los siglos sirva de un testimonio elocuente de su imparcialidad premeditada.

En la historia de la traducción rusa una etapa especial está vinculada a Pedro I el Grande. Este tzar ruso no solo indicaba qué libros hacía falta traducir, sino ordenaba que le mostraran las traducciones hechas, las corregía y enseñaba cómo era necesario traducir. Un resultado peculiar de estos esfuerzos se hizo el decreto firmado por Pedro I el Grande en enero de 1724 sobre el adiestramiento de los traductores en el extranjero para traducir los textos literarios y especiales. Este mismo decreto fijó la fiesta profesional del traductor, el día 21 de mayo.

Participaba como intérprete de Pedro el Grande durante las conversaciones de este tzar ruso con los gobernantes de Dagestán Dmitri Konstantínovich Kantemir (1673–1723), otro jefe de Estado, Gospodar (Gran Príncipe) del Principado de Moldavia. Dmitri Kantemir dominaba ocho lenguas extranjeras, era persona muy culta y educada. Tradujo varias obras literarias de las lenguas del Cáucaso al latín.

En los tiempos de Catalina II la Grande adquirieron un gran auge las traducciones de la literatura. Fue entonces cuando aparecieron por primera vez en ruso las más importantes obras de la literatura mundial desde la antigüedad hasta el siglo XVIII. La ocupación misma de la traducción se hacía cada vez más prestigiosa. Efectuaron traducciones muchos escritores destacados de aquel entonces, entre ellos Fonvizin y Sumarókov.

El ejemplo lo daba la emperatriz misma quien junto con su séquito traducía en el transcurso del viaje en barco por el Volga en 1767 la novela del escritor francés J. Marmontel “Velisario” prohibida en Francia por motivos políticos.

Una de las mejores versiones rusas de la traducción del inglés de “Hamlet” editada en San-Petersburgo en 1900, pertenece al Gran Príncipe Konstantín Konstantínovich Románov (1858–1915), nieto del Emperador Nicolás I, tío del último Emperador Ruso Nicolás II. Era poeta, traductor, músico, Presidente de la Academia de las Ciencias Rusa, fundador de la Casa Pushkin, jefe del famoso regimiento de infantería Preobrazhenskiy [2, p. 21]. El Gran Príncipe Konstantín Konstantínovich Románov no pudo sobrevivir la muerte en el combate nada más empezar la Primera Guerra Mundial de su hijo menor Oleg y tuvo “suerte” amarga de fallecer dos años antes del golpe de estado en octubre de 1917 y, por tanto, desconocer la masacre por los bolcheviques de sus tres hijos Ioann, Konstantín e Igor junto con otros cinco miembros de la dinastía incluyendo a la Gran Princesa Isabel quienes fueron arrojados vivos a una mina en julio de 1918 en Alapáevsk, a 150 kilómetros de Ekaterinburgo. Pero es otra historia...

## Literatura citada

1. Neliubin L. L., Jujuni G. T. Ciencia de la traducción e interpretación. Historia y teoría desde los tiempos antiguos hasta nuestros días. — Moscú, Ed. Flinta, 2006. — 413 p.
2. Lánchikov V. K. Justificación de Gertruda // Mosti. — 2017. — № 4 (56). — P. 16–26.